

Pero ahora todavía en esos rincones hay la vida del pasado: el martilleo del herrero anima la quietud de la plazuela; un rayo de sol abrillanta el tímido verdor de las mace-tas en la vetusta ventana; en el fondo del obscuro portalón aparece pálido y húmedo el patio que fué señorial, y al doblar de cada esquina cada callejón ofrece su estrecha perspectiva cuasi familiar; tras las vidrieras de las tiendas se mueven los rostros desco-loridos de los artesanos en el gesto secular de cada oficio; las mujeres entran y salen de las oscuras escalerillas para sus dili-gencias en el barrio, andando de modo que se conoce que no van lejos, y que adonde van irían dormidas.

Me gusta perderme en este laberinto has-ta sentirme preso en su atmósfera y vivir en mí la vida quieta de estos menestrales. Quiero imaginarla dulcemente hora por ho-ra, desde la temprana alegría de abrir la tienda y dar el buen día al vecino (que es como dárselo á sí mismo, pues lo van á vi-vir igual) hasta dormirse confiado en la no-che, oyendo en la calle pasos familiares y sabiendo ante qué puerta han de detenerse.

Pero de pronto un muro señorial se me presenta, que me dice que allí los siglos vi-vieron otras vidas y que esta paz no es sino la paz en que se deja á los inútiles restos del pasado. ¡El pasado! ¡restos inútiles!—Este hombre que está trabajando afuera de la tienda al aire de la plazuela, que ha esta-do trabajando así por siglos—parece que siempre ha de haber sido el mismo—... pues este hombre mañana no estará; ni vol-verá á estar nunca más.—Este es el golpe al corazón; esto es lo que hace llorar; que lo demás ¿qué importa? Porque este hom-bre mañana trabajará en otra parte; y á los siglos, ¿qué les importa esto, si ya viven en nosotros de todas maneras? Pero aquel «mañana no», aquel «nunca más» es un esca-lofrío, es una ligera muerte que pasa... ¿Por qué he dicho ligera?, ¿acaso hay otra?...

Al fin este barrio que va á morir me ago-bia y me entenece, y me voy. Me lo llevo dentro; por mí, ya pueden derribarlo. Me voy; necesito salir, salir á las vías más an-chas, á las calles de hoy y á su movimiento,

á las plazas grandes, al aire del día, á la ciudad mía...

¡Hela aquí! Pero ¿qué ciudad es ésta? Grande y hermosa la imaginé al salir del barrio moribundo, pero si pienso en aquella otra, ¡cuán fea y mezquina!

Esas vías centrales que le han quedado estrechas á la ciudad en su crecida, desem-bocan en un ensanche de grandiosidad mo-nótona, como hecho demasiado aprisa. Ese ensanche no tiene historia y ya parece vie-jo. Envejece sin historia: sólo unas cuantas fachadas aparatosas atestiguan el gusto ple-beyo de unas cuantas generaciones de ad-venedizos. Y más allá, hacia las montañas, las fincas de recreo se alzan empingrota-das y mezquinas, hacinándose en grupos, como por horror al espacio que les sobra en torno, sin grandeza, sin sentido alguno de su posición y de su objeto. Y hasta las cimas mismas de las montañas, cuya vista á la hermosura de las tierras y del mar azul y de las lejanas nieves pirenaicas parece de-biera inspirar al menos un gran respeto á la pureza de contemplación de tanto cielo á la vez y tanta tierra, son igualmente profana-das con fantasías grotescas.

¿Y es esta la ciudad mía? ¿Cómo pudo pa-recerme alguna vez hermosa y grande? Pe-ro así y todo, como ahora la veo, no puedo sino amarla. La amo como á un sueño: co-mo al sueño del porvenir monstruoso en que pudieron verla mis antepasados desde el fondo obscuro de sus callejones; como el sueño de un pasado heroico en que la verán tal vez las futuras generaciones cuando la contemplan como yo he contemplado hoy sus barrios moribundos.

¡Oh! no maldigas de tu ciudad, ciudadano que ahora estás en mí de cuerpo presente, porque ella es un tránsito como lo eres tú mismo. Tú tienes un amor y una fe: ella también; hela aquí, que es tu obra. En tí se mueve y avanza el ciudadano del porvenir: en ella la ciudad futura: esta es ciertamente tu ciudad. Amala.

Mira cómo entre ese confuso baroquismo tuyo y suyo florece un espíritu, un estilo nace. He visto hoy un kiosco estrambótico inaugurar su fealdad en medio de las Ram-blas, y me he dicho: He aquí una fealdad